

*Dejamos Madrid a finales de 1936. Salí una mañana a comprar unas medias y al regresar encontré la casa revuelta y a Ramiro rodeado de maletas y baúles.*

*- Nos vamos. Esta tarde.*

*- ¿Ya han contestado los de Pitman?- pregunté con un nudo de nervios agarrado a los intestinos. Respondió sin mirarme, descolgando del armario pantalones y camisas a toda velocidad.*

*- No directamente, pero he sabido que están estudiando con toda seriedad la propuesta. Así que creo que es el momento de desplegar alas,*

*- ¿Y tu trabajo?*

*- Me he despedido. Hoy mismo. Me tenían más que harto, sabían que era cuestión de días que me fuera. Así que adiós, hasta nunca, Hispano-Olivetti. Otro mundo nos espera, mi amor; la fortuna es de los valientes, así que empieza a recoger porque nos marchamos.*

Me resigné a salir de Madrid. Decidimos dejar la capital porque la guerra civil hacía estragos en el país. Era consciente de que Ramiro quería defender sus ideas de republicano, pero por amor prefería protegerme de la guerra. Dejaba nuestro hogar, no dejaba ninguna familia, mi madre me había desheredado después de mi boda con Ramiro porque era descendiente de una familia modesta. Y fue así como empezó nuestro viaje hacia la libertad. Estábamos en el tren que nos alejaba de Madrid, no sé si volveré a ver esta ciudad, a lo mejor no...

El tren estaba abarrotado, la gente comenzaba a huir del país. Ramiro estaba sentado frente a mí. Miraba por la ventana, apaciblemente, su mirada se perdía en el paisaje. Sin embargo, podía distinguir sus ojos, ojos marrones muy profundos en los cuales una podía ahogarse. Pensaba a lo mejor en nuestra futura vida y en lo que quedará del país después la guerra civil. El tren se paró, debíamos cambiar de tren para proseguir nuestro viaje en dirección de Valladolid. En el segundo tren, frente a nosotros estaba sentado un niño pequeño que cogía de la mano a su madre, yo no era muy maternal pero viendo a aquella madre con su hijo tan cómplices, me di cuenta de que algo o alguien me faltaba en la vida. De repente el silbido del tren resonó, estábamos llegando a Valladolid. Bajamos con las maletas, tenía ahora que buscar un lugar para pasar la noche. Al día siguiente por la mañana, nos levantamos temprano y fuimos al centro de la ciudad a comprar dos bicicletas para ir hasta Santander, porque ya no teníamos suficiente dinero para seguir el viaje en tren. Entramos en una tienda que las vendía a un precio razonable. Tuvimos que abandonar unas maletas para avanzar más de prisa. Y fue en bicicleta como nos dirigimos hacia Santander.

Hacía ahora dos días que viajábamos por el campo, mis náuseas eran cada vez más frecuentes y mis vómitos no paraban, comenzaba a adivinar lo que me pasaba. Aquella misma tarde anunciaba la noticia a Ramiro. Nunca había visto brillar sus ojos de esa manera. Atravesando una aldea distinguimos un juguete tirado en medio de la calle. Una inmensa alegría me invadió, me volví hacia Ramiro que me devolvió la sonrisa; en aquel momento, me comprometí a hacer todo lo posible para proteger a nuestro hijo.

Llegamos a Santander, nos cruzamos con unas diez personas cargadas de maletas que se dirigían todas hacia el puerto. Al llegar al muelle, vimos largas colas, la gente esperaba delante de las taquillas con el propósito de comprar billetes para la travesía en barco.

Después de largas horas de espera, distinguimos por fin la cara de la mujer que vendía los billetes. Comprendimos que necesitaríamos otro medio para dejar el país a causa del precio demasiado elevado. Decidimos embarcar clandestinamente en un barco al anochecer. Teníamos que tener mucho cuidado para subir al barco pero por fin lo logramos. Encontramos un lugar adecuado para escondernos pero ya había alguien. Era un hombre de edad madura, de pelo entrecano y cara impregnada de una gran sensatez. Viendo esta cara, supimos que podíamos confiar en él. El hombre se despertó y después de presentarnos y haberle explicado nuestro caso, nos autorizó a compartir el lugar con él. Ramiro inició la conversación.

- Y usted, ¿quién es?, le preguntó.

- Mi nombre es Faustino, era médico en Zaragoza hasta que el ejército de Franco invadió la ciudad...

-Puede a lo mejor auscultarla, le cortó Ramiro.

- Sí, por supuesto.

Faustino me dijo que más o menos llevaba tres meses embarazada. Y cuando le pregunté si debía alarmarme por mis vómitos, me contestó que sin un reconocimiento más detenido no podía estar seguro de nada. Durante la noche, atroces dolores de vientre me impidieron dormir y mis lamentos despertaron a Ramiro y a Faustino. Este último vio que perdía mucha sangre. Un dolor insoportable invadió mi cuerpo. Mis gritos de desesperación destrozaron el apacible silencio de la noche, Ramiro intentaba calmarme mientras que Faustino me anunciaba que todo había acabado.

“Al morir mi hijo perdí una parte de mí misma”.

*Diario de María Díaz, 1977, La Rochelle*

Hoy, he encontrado el diario de mi abuela, vaciando el desván de su casa. Comprendo ahora de dónde le venía la mirada tan vacía y el aspecto tan grave...